



Casa de la Memoria de Huancavelica: Ni amnesia ni anestesia

- Patricia Wiese



La novedad en este séptimo aniversario de la entrega del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) estuvo en Huancavelica, donde se inauguró la Casa de la Memoria. Imágenes, voces e información impresa se entremezclan para crear una atmósfera que encierra el recuerdo entre paredes de adobe.

Cruje el machihembrado de madera que no está acostumbrado a recibir tanta pisada. Los familiares que van a rendir “homenaje a nuestros muertitos” atraviesan la sala de lectura de esta antigua biblioteca municipal y llenan los tres ambientes acondicionados que albergan el material bibliográfico, las fotos y las filmaciones. Su sueño se cumplió el 28 de agosto, en un acto al que no asistieron los famosos de Lima, solo los organizadores y las asociaciones de familiares de las víctimas.

El reconocimiento estatal vino por el lado de la municipalidad provincial, que ha cedido este espacio ubicado en la misma Plaza de Armas.

Fue algo íntimo, sin fanfarria, como en toda ceremonia del adiós. Estaban los señores Crispín, padres de Javier, un estudiante de Educación Física que desapareció en 1989. Su padre, Alejandro Crispín, es el presidente de la Asociación de Familiares de Desaparecidos de Huancavelica y un entusiasta promotor del proyecto. Su mamá, Alicia Colina, organiza todas las vigiliass en las que participan las madres, que siguen cargando consigo las fotos enmarcadas de sus hijos. Son tantos años, que parece que están adheridas a sus cuerpos.

Por fin un recinto donde esas reproducciones coloreadas pueden descansar en paz.

Asistir a la inauguración de una Casa de la Memoria es un privilegio, porque se comparte la sorpresa y el dolor con los propios protagonistas. Son ellos los que han rebuscado entre sus cosas para encontrar la foto del pariente desaparecido y se han desprendido de ella; son ellos los que con su puño y letra han añadido información y comentarios en *post-its* de colores. Carlos Iván Degregori, ex comisionado de la CVR, ha dicho que la memoria necesita anclajes: lugares y fechas, monumentos, conmemoraciones, vehículos, para ser transmitida a las nuevas generaciones que no fueron testigos directos de los acontecimientos que es preciso recordar. Esta casa es un ancla poderosa.

Sala 1

Este trabajo ha demorado casi dos años, y el cansancio se refleja en los rostros de Nelly Plaza y María Elena del Solar, encargadas de elaborar el guión y de hacer la investigación gráfica, el diseño y el montaje de la Casa de la Memoria. Juntas han montado otras exposiciones memorables, como la del Concurso Nacional de Dibujo y Pintura Campesina y la de la música andina en Lima.

Con la misma austeridad y elegancia de sus anteriores muestras, han llenado los ambientes de este local con olor a madera vieja. El recorrido se inicia en la sala 1 con una cronología y unos textos que no pretenden acomodar la verdad. No son muchas las fotos que se han podido rescatar de los archivos de *La República* y *Caretas*.

Entre los años 1980 y 2000, muy pocos fotógrafos limeños entraban en Huancavelica. Era un territorio altamente peligroso. Por fortuna, estaba Leonidas Canchaya, un fotógrafo huancavelicano que registró varias masacres e hizo un recorrido por las tenebrosas bases militares. Son principalmente sus fotos ampliadas la que nos permiten visualizar la magnitud de lo ocurrido.



Sala 1

Este trabajo ha demorado casi dos años, y el cansancio se refleja en los rostros de Nelly Plaza y María Elena del Solar, encargadas de elaborar el guión y de hacer la investigación gráfica, el diseño y el montaje de la Casa de la Memoria. Juntas han montado otras exposiciones memorables, como la del Concurso Nacional de Dibujo y Pintura Campesina y la de la música andina en Lima.

Con la misma austeridad y elegancia de sus anteriores muestras, han llenado los ambientes de este local con olor a madera vieja. El recorrido se inicia en la sala 1 con una cronología y unos textos que no pretenden acomodar la verdad. No son muchas las fotos que se han podido rescatar de los archivos de *La República* y *Caretas*.

Entre los años 1980 y 2000, muy pocos fotógrafos limeños entraban en Huancavelica. Era un territorio altamente peligroso. Por fortuna, estaba Leonidas Canchaya, un fotógrafo huancavelicano que registró varias masacres e hizo un recorrido por las tenebrosas bases militares. Son principalmente sus fotos ampliadas la que nos permiten visualizar la magnitud de lo ocurrido.

Sala 2

Las cajas son como incrustaciones en las paredes de esta sala 2, y sobre cada una hay una gran foto que habla. Son cajas negras y sonoras. Hay que acercarse para poder escuchar las grabaciones de las voces de las víctimas que se repiten como en una letanía.

En el medio de la sala resalta una imagería en pasta sobre una mesa grande, protegida por una urna de vidrio. Es una obra de Carlos Madge, un artesano joven cuya familia formó parte de la oleada de desplazados huancavelicanos que terminaron en Ica y Lima.

Como en un retablo sin cajón, aparecen las figuras distribuidas en dos escenas. Primera: Militares asesinan a la población y violan a una mujer. Segunda: Sendero recluta a la fuerza a algunos pobladores.

En la sala 2 está la foto carné de Florencio Poma. Al costado, una imagen familiar en la que Florencio posa sonriente. Un texto: *Florencio Máximo Poma Machuca fue retenido el 1 de agosto de 1988 por SL. Meses después fue encontrado muerto en el anexo de Santa Rosa. Tenía signos de haber sido torturado, le habían llenado la boca con tierra.*

Y el comentario de su hija: *A veces sueño con mi papá; nos ha dejado cuando éramos pequeños. Si mi papá hubiera estado vivo, hubiera estudiado (17-7-2010)* Firma: Donatila Caytana Poma (hija)... Ahora su historia es nuestra.

Nombres y apellidos, libretas electorales, fotos de la víctima posando, sonriendo, montando a caballo, jugando fútbol.

Han adquirido rostro e identidad.

Sala 3

Debajo del dintel de una ventana yace, imponente, una cruz de piedra, tallada por el escultor Edwin Quispe. Más abajo, un recipiente en piedra para las ofrendas: "Pancito, cigarrillo, les dejamos". El peregrinaje termina aquí.

Finalmente...

Los objetos que se exhiben en un museo de este tipo no tienen valor material sino uno afectivo y simbólico inmenso.



Le va a costar mucho a la señora Alicia desprenderse de alguna prenda de Javier Crispín. Después de veintiún años, ella mantiene su dormitorio intacto, su camisa planchada y una vela prendida frente a su fotografía. Pero éste es el siguiente paso: recolectar las prendas y objetos de las víctimas, como en el Museo de la Memoria de Ayacucho, donde se exhibe en urnas de vidrio un papel arrugado que fue el último mensaje de un hijo a su madre diciéndole que no se preocupara, una ollita vieja de la que comía un sobreviviente de Los Cabitos, una sogá retirada del cuerpo de Jorge, la falda que usó Dina en la feria de Maynay, el mandil de obstetra con manchas de sangre que llevaba Juvenal cuando se lo llevaron.

En Ayacucho, la idea se les ocurrió a las señoras de la Asociación Nacional de Familiares de Detenidos y Desaparecidos, un día que encontraron una banderola remendada por *Mamá Angélica* a la que le dieron categoría de reliquia que merecía exponerse públicamente: así nació el primer Museo de la Memoria en el Perú.

La recolección de fotos y testimonios ha sido difícil en Huancavelica, y todavía faltan las prendas, una tarea que será más simple ahora que los familiares saben que esa prenda es el recuerdo del ausente compartido con cada uno de los visitantes.

Lo que ha hecho este espacio es dar un rostro a cada víctima, inmortalizándola. Entonces la frase del poema ha cobrado su verdadera magnitud: *Y no podrán matarlos.*